



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina y á S. S. AA. RR. los S. S. Infantes D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 1.

Valencia 15 de Mayo de 1864.

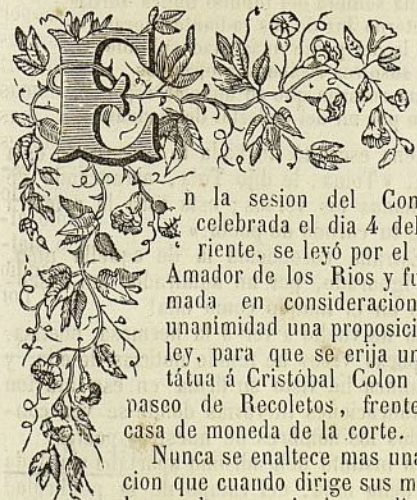
NÚM. 25.

SUMARIO.

Revista de la semana, por D. Luis Fabra y Cervera.—Elena Gomez de Avellaneda: recuerdo: por D. Teodoro Llorente.—Calamidades públicas: la criada profesora: por D. Ventura Ruiz Aguilera.—Tiradores del ejército dinamarqués.—Juan Colin: leyenda tradicional.—Dicha comprada, (conclusion), por Doña Joaquina Garcia Balmaseda.—Poesía: paráfrasis: por D. A. Garcia Gutierrez.—A mi apreciable amigo y distinguido poeta D. Maximino Carrillo de Albornoz, (poesía), por D. Vicente Arenas.—El ciego de los valles: novela original por D. Maximino Carrillo de Albornoz.—Aparato avisador para los trenes en los ferro-carriles.

Láminas. Ídolo cochinchino en la pagoda de Clochetons en Saigong.—Ejército dinamarqués: tiradores.—Aparato avisador en los trenes de los ferro-carriles.

REVISTA DE LA SEMANA.



En la sesion del Congreso celebrada el dia 4 del corriente, se leyó por el señor Amador de los Rios y fue tomada en consideracion por unanimidad una proposicion de ley, para que se erija una estatua á Cristóbal Colon en el paseo de Recoletos, frente á la casa de moneda de la corte. Nunca se enaltece mas una nacion que cuando dirige sus miras á honrar la memoria de aquellos genios que cual metéoros brillantes aparecen de

vez en cuando en la escena del mundo, inundando con su luz al siglo en que nacieron. Tal fue Cristóbal Colon, de quien, como dice Alfonso de Lamartine «Nada conocemos mas acabado: contenia á muchos en uno solo.... Ninguno por lo grande de su influencia mereció mejor el nombre de civilizador.... El completó el universo; acabó la unidad física del globo.... La América no lleva su nombre, pero el género humano reunido por él lo llevará á todas partes.»

¡Triste herencia es del genio el no verse libre de las miserias de la vida! Las mezquinas pasiones que agitan el corazon humano, hacen que sus contemporáneos le nieguen el justo galardón á sus merecimientos: pero al terminar su elevada mision sobre la tierra descendiendo su cuerpo al sepulcro y elevando su alma al Señor, la posteridad le hace justicia rindiéndole el tributo que sus contemporáneos le negaron. Por eso ha palpitado con entusiasmo nuestro corazon al ver próximo á realizarse un proyecto concebido hace tiempo por algunos admiradores de las glorias nacionales, pues como ha dicho el Sr. Amador de los Rios en apoyo de su proposicion «la gloria de Colon es de toda la nacion, y creemos que la estatua debe ser una obra monumental á que debe contribuir y asociarse la nacion entera.»

¡Felices aquellos que prolongan su vida con sus obras! la muerte les arrebató de la haz de la tierra y el olvido cierne sus alas sobre su tumba; pero la humanidad agradecida eleva monumentos á su memoria, disputando de este modo al olvido su codiciada presa.

¡Meyerbeer ha muerto! sus sublimes y profundas armonías son la estela luminosa que ha dejado en pos de sí este genio de la música.

El 6, por la mañana, se celebraron en París los honores fúnebres de este célebre com-

positor. Gran número de personas, entre las cuales figuraban las que descuellan en ciencias y artes, acompañaron el féretro desde la casa mortuoria á la estacion del ferro-carril del Norte para cumplir la última voluntad del finado de que se trasladaran sus cenizas á Berlin; Mr. Auber, director del Conservatorio, el ministro Vaillant, el general en jefe del ejército de París, Magnan, y el embajador de Prusia en París, llevaban las cuatro cintas. El conservatorio, los teatros líricos, las sociedades corales y todas las asociaciones de autores ó compositores se hallaban representadas por comisiones de su seno; una escolta de cuatro compañías de la Guardia nacional y catorce carruajes enlutados cerraban la fúnebre comitiva. En la estacion del ferro-carril pronunciaron discursos alusivos al acto el presidente de la sociedad de autores dramáticos, Mr. Saint-George, Mr. Benlé, miembro del Instituto y Mr. Perrin, director del teatro de la Opera. Por la noche se cantó en este coliseo la ópera del difunto maestro *Los Hugonotes*, y en uno de los intermedios los artistas encargados de la egecucion coronaron el busto de Meyerbeer.

La muerte de este célebre compositor es el asunto de todas las conversaciones de París, y todas las clases de la sociedad se han apresurado á tributar el homenaje debido al autor del *Roberto* y de la *Africana*, que no tardará á ponerse en escena, siendo, á no dudar, el epílogo de los legítimos triunfos conquistados por Meyerbeer en su brillante carrera artística.

Abandonemos á la muerte en su marcha destructora y no turbemos la paz de los sepulcros.

El mundo nos atrae con sus irresistibles encantos y combate nuestra débil barquilla cual otro mar tempestuoso.

La estacion presente nos convida á gozar

de las delicias de la naturaleza, y en Valencia nos proporciona variados atractivos. Los huertos de fresas se hallan sumamente concurridos por las bellas y elegantes hijas del Turia, que al contemplarlas reposar tranquilas bajo el verde follaje en las primeras horas de la mañana, no podemos menos de compararlas á las frescas flores que abren sus cálices al primer rayo del sol, así como al verlas cruzar por entre aquellas sombrías alamedas durante la hora del crepúsculo, las comparamos con las tímidas avejillas que buscan su nido entre las ramas. Pero aquellas no se ocultan como éstas durante la noche, sino que transformadas en estrellas aparecen de nuevo en el horizonte del teatro Principal, el cual á pesar de la estación que atravesamos, se halla bastante animado, especialmente la noche en que tuvo lugar el beneficio de la señorita Elena Moro.

Púsose en escena la bellísima partitura del inmortal Bellini, *Norma*, siendo bastante bien interpretada por los artistas que en ella tomaron parte, distinguiéndose la señorita Angelica Moro y su hermana la beneficiada: las cuales fueron muy aplaudidas y obsequiadas con varios ramos de flores. Creemos que estas ovaciones se repetirán con mas entusiasmo cuando oigamos á la señora Laborde, de quien conservan gratos recuerdos los apasionados al *bel canto*.

Por la revista y por todo lo no firmado:
LUIS FABRA Y CAVERO.

ELENA GOMEZ DE AVELLANEDA.

(Recuerdo.)

Hace cinco años me encontraba en Madrid, á donde por breve tiempo habíanme llevado mis estudios. Desconocido y aislado en aquella gran ciudad, rechazado por mi carácter del vertiginoso movimiento de los placeres y las ambiciones que anima á aquel pueblo frívolo y escéptico, despues de dar durante el día largos y melancólicos paseos por el poético Retiro ó por los áridos y silenciosos campos que rodean á la metrópoli española, buscaba por la noche tranquilo albergue, lejos del estrépito de la calle, de la ebullición del café y del frenesí del teatro, en el gabinete de alguno de esos pocos ingenios que mantienen viva la aristocracia del buen gusto literario en esta época plebeya de grosero prosaismo. Los salones del marqués de Molins y el modesto cuarto de Doña Gertrudis Gomez de Avellaneda eran mi favorito refugio contra el ruido atornador de la villa del Oso.

A la autora de *Alberto Munio* y de *Ballasar*, á quien ya habia conocido en Valencia, la encontré poseida de un sublime entusiasmo que sentaba perfectamente á su carácter levantado y vigoroso. Eran los días de la campaña lombarda: la revolución italiana estaba en su período caballeresco; el Piamonte, en pos de su rey-galantuomo se arrojaba á lucha desigual contra el odiado *tedesco*, para libertar á la Italia; Napoleon descendía desde los Alpes desenvainando en favor de un pueblo oprimido la espada generosa; Garibaldi armaba á los montañeses para sacudir el yugo extranjero. Aun no habia disgustado la caída de Gaeta á los espíritus románticos, ni la rota de Castelfidardo habia indignado á los devotos. Todas las nobles simpatías marchaban en pos del ejército franco-italiano, y la inspirada Tula, con la viril elocuencia de su maestro Gallegos, nos increpaba á nosotros, los enervados hijos de este siglo sin entusiasmo, porque no coríamos á formar entre los voluntarios de Garibaldi, repitiendo desconsolada la exclamación de Victor Hugo: *¡Oh, toujours une lyre; et jamais une épée!*

Nunca he sido partidario de la muger escritora. Safo me gusta, como mito, como figura divina del antiguo Parnaso; pero no me comprometeria á admirarla ni á respetarla, si

hoy quemase las columnas de los periódicos con los suspiros de fuego de su amor. La poesía ha de estar siempre en el corazón de su muger, en sus labios algunas veces; pero nunca en su pluma. A veces lo que secreto es un encanto, es un baldon ó está muy cerca de serlo, cuando es público. La muger que abre su corazón á los lectores, está muy espuesta á perder lo que constituye el mayor atractivo de su sexo.

Esto pensaba en aquella época, y sin embargo sentíame fascinado por la superioridad de la Avellaneda. Es que Tula no era *poetisa*; era *poeta* y gran poeta. En su alma habia algo de varonil que daba el tono á su carácter y á su poesía. Esa valla que detiene á la muger en el estrecho círculo trazado á su sexo por la naturaleza y la costumbre, salvábala sin ninguna inconveniencia aquella criatura privilegiada. Levantábala las alas de genio á la superior region de la inteligencia, en la que se borran las preocupaciones de la sociedad, y en aquella altura apenas nos acordábamos de la muger, trasfigurada por completo en el poeta.

Sin embargo, mi juicio acerca de las poetisas tenia algo de injusto: pronto lo conocí.

En la reducida tertulia de la Avellaneda dominábamos los hombres: Tula decia que, como á Cristina de Suecia, le gustaban los hombres *no porque son hombres, sino porque no son mugeres*. Pero una noche me sorprendió la presencia de una joven bellísima.

Estaba en los albores de la juventud, y habia en su rostro melancólico algo de la niña mezclado con una espresion severa que ora la creia propia de una Minerva, ora de una *madonna*. Nunca me ha parecido mas interesante y poética la agradable seriedad de los quince años.

Mientras hablábamos de los últimos partes telegráficos—los que anunciaron la batalla de Magenta—yo no apartaba los ojos de aquella niña, silenciosa y retraida de la animada conversacion. Notólo Tula, y me la presentó.

Me dijo que se llamaba Elena, que era sobrina suya y que hacia versos.

No encontré á mano mas que un vulgar cumplimiento, para felicitarme de conocerla, y le supliqué que me hiciese admirar sus poesías.

Su tia satisfizo cumplidamente mis deseos, leyéndome, á pesar de la resistencia de Elena, una valiente y sonora oda á Napoleon.

No diré, como Tula, que podia equipararse á los magníficos versos que el mismo asunto inspiró á lord Byron, Lamartine, Víctor Hugo y Manzoni; pero sí recuerdo que me sorprendió la concepción atrevida y el tono levantado de aquellas rimas, mas propio, por otra parte, de Pindaro que de Safo.

Leyó despues la Avellaneda otros versos de su sobrina, que á ella le entusiasmaban menos, pero que á mí me conmovieron mucho mas. Elena hablaba de la primavera, de la juventud, del mundo y del alma, con el sentimiento delicado propio de la muger; pero con una tristeza que á veces degeneraba en amargura profunda. No mentaba al amor—instinto delicadísimo de la muger-poeta—pero el amor era como un perfume que se exhalaba de todos sus versos.

Quedé fascinado. Avergonzada de la impresion que en los pocos oyentes—ya olvidados de Victor Manuel y de Cavour—producian sus versos, Elena no sabia cómo ocultarse á nuestra admiración.

Su tia me contó la historia de aquella niña al día siguiente. La he olvidado: solo recuerdo que era muy triste, y que me afectó vivamente. Bajo el imperio de fatales desgracias de familia, Elena habia pasado una niñez sin alegría, y cuando floreció en su interior la juventud, brotó en su alma ese sentimiento de lo infinito que hace á los poetas. Agena á toda educación literaria, la pobre niña aprendió á escribir trazando sus propios versos, y no tuvo mas

maestros que el instinto del buen gusto y la inspiración, hasta que en tiempo muy reciente descubrió su tia la admirable aptitud de aquella angelical criatura.

Aquella noche llegaba yo mas pronto que de costumbre al cuarto segundo de la calle de la Salud, donde vivia la célebre poetisa: sabia que Elena estaria allí. Habia escrito para ella los siguientes versos:

Á LA INSPIRADA POETISA

DOÑA ELENA GOMEZ DE AVELLANEDA.

Dime, tú, la que audáz en raudos giros
Alzas el vuelo á la inmortal esfera,
¿Por qué la edad feliz de los suspiros
Para tí, niña austera,
Es la edad mustia de los tristes cantos?
¿Por qué tus ojos bellos
Vividos centellean
Del casto nimen los fulgores santos,
Y en vano busco en ellos
De las vírgenes almas que desean
Los húmedos destellos?
¿Por qué, la rosa huyendo, pensativa
Parece que el laurel tu sien demande?
¿Por qué bella te busco y te hallo altiva,
Y te busco amorosa y te hallo grande?

¡Ah, perdona, perdona
Si á tu alteza mi espíritu se encumbra
Y con los ojos del amor ver sueña,
Depuesta la corona
Cuyo radiante brillo me deslumbra,
Tu frente de muger pura y risueña.
Tu corazón que suspirar desdeña,
No puede comprender el vago anhelo
De quien te mira entristecido y siente
Que tan alta en el cielo
Vayas ¡oh musa! á levantar la frente.

Siempre al mortal en las enhiestas cimas
Amagó el rayo del dolor supremo,
Y cuando al cielo la cerviz sublimas
Verte entre nubes borrascosas temo.
¡Oh! si las dulces rimas
Que en cadena armoniosa
Brotan, las almas conmoviendo, Elena,
De tus labios de rosa,
Imitasen el blando
Murmurio eterno que en las ramas suena,
O los trinos del ave,
O la que el triste, la dulzor gustando
Del bosque austero y grave,
Voz grata escucha en su feliz retiro;
Si inspirara el amor tu poesía,
Y vibrase en tus cantos un suspiro,
¡Con cuán dulce trasporte te amaría
Yo que absorto á tus plantas hoy te admiro!

Mas ¡ay! Elena, en vano te dirijo
Débil mi voz que el entusiasmo exalta;
Dios, al crearte, dijo:
«Bella la haré, mas la pondré muy alta.»
Niña, niña-poeta, si no asalta
De los amores la rastrera turba
La tranquila mansion donde tú moras,
Si una sombra del mundo nunca turba
La eterna luz de tus radiantes horas,
Con la del genio magestad sublime
Los suspiros recibe por ofrendas
De un corazón que su anhelar reprime,
Y no por mí del pedestal descendas.

Elena escuchó turbada la lectura de esta poesía. «Toma, le dijo Tula, arrancando de mis manos los versos; esta será la primera flor de tu corona de poeta.»

¡Estraña coronación la de aquella niña, genio ignorado, por un admirador tan desconocido en el mundo como ella!

No he vuelto á ver á la hermosa poetisa. Muy pocas veces he tenido noticias de ella, y casi nunca he visto su firma en ese aluvion de publicaciones literarias donde se ven confundidos los nombres de nuestros poetas.

Un instinto delicadísimo apartaba sin duda á mi bella niña, del campo de la publicidad donde encontramos hoy día tantas escritoras empresarias de periódicos ó abastecedoras de

entregas á real de vellon. Yo habia comprendido que la muger puede ser poeta, continuando siendo muger y quizás por serlo; pero Elena habia comprendido tambien sin duda que la que nace poeta no debe serlo para el mundo.

Cuando escribí mis versos temí que fuesen una predicción; y como sucede casi siempre, se realizó tan fatal vaticinio. El rayo ha herido la frente sublimada al cielo. Un día que buscaba con avidez en *La Correspondencia* el extracto de los brindis de Olózaga y Prim, en el almuerzo de los Campos Elíseos, tropecé con un breve *suelto*, en el que leí el nombre de la poetisa. ¡Hablaban los periódicos de Elena Gomez de Avellaneda, porque habia muerto!....

TEODORO LLORENTE.

CALAMIDADES PÚBLICAS (1).

II.

La criada profesora.

A los dos ó tres años, poco mas ó menos, de aprendizaje, nuestra Maritornes pasa de novicia á profesora, habiendo experimentado en la forma y en el fondo, ó si se quiere (para no meternos en honduras) en lo físico y en lo moral, un cambio casi completo; en términos que, como suele decirse, no la conoceria ni la madre que la parió.

Las proporciones geométricas de su cabeza parece que se han reducido y regularizado un tanto; pero el hecho es que se conservan las mismas, debiéndose este progreso ficticio al constante esmero con que la criada se arregla el tocado. Como ya pertenece á la clase media de la sociedad doméstica, brotan en su alma aspiraciones mas elevadas, puesto que algunas sueñan hasta en ser *doncellas*, y observan atentamente los usos, costumbres, trages ó *idioma* de aquellas que las sirven de modelo, y á quienes se proponen eclipsar con el tiempo.

Dijimos en nuestro primer artículo, hablando de la criada novicia, que con sus ahorros y *adquisiciones* eventuales, se habia comprado una peina de cuerno, y nos equivocamos: fue una lencería de box, color de azafra, de esas con que se desenreda las lanas á los perros. Sirva esta rectificación de descargo á nuestra conciencia de observadores, y de justificación á la probidad de la moza, quien generalmente no se atreve á habérselas con el cuerno hasta bien entrada en esta segunda fase, que lo es así de su *doméstica* existencia como de su caja de crédito.

A fuerza de repelones ha conseguido calmar la insubordinación de su cabellera, resultando un orden que valdria mas si no costase tanto, porque suele ir precedido y acompañado de arrancamiento de cabellos y aun de sangre. Segun se ve, es peor el remedio que la enfermedad; pero ella debe profesar el principio de que el fin justifica los medios.

Las facciones de la muchacha van adquiriendo ese sello particular de finura, cuando no de distinción, tan raro en los campos y tan comun en las ciudades en las humildes hijas del pueblo. Su cutis, antaño escamoso como el de los peces, se suaviza, es algo mas fresco, algo mas delicado, y el color de sus mejillas, si todavia no compite con el de las rosas, tampoco es el del chocolate.

Su talle es mas flexible y esbelto.

Se lava y lustra las manos con salvado y miga de pan, cuando no atrapa la pastilla de jabon de los amos.

Se corta las uñas.

Su voz va perdiendo el timbre cerril propio de la aldea originaria.

El bigote ha desaparecido como por encanto.

Tiene cofre nuevo, espejito redondo con caja ó tapa de latón ó estaño, y ligas de seda de las de *viva mi dueño*.

Usa zapatos claveteados, únicamente en dias de lluvia ó de lodo.

Procura no decir *paseyo* por paseo, *praza* por plaza, *diversion* por diversion, *paresgo* por parezco, *terque* por beodo ó chispo, *trempano* por temprano, *peróico* por periódico, y otra infinidad de *palabras* con que al principio afligia á las compañeras que ya han salido del noviciado.

Madrugaba menos que la novicia, ó á lo *señor*, como ella dice.

Signe tardando en los recados, trabucándolos ó olvidándolos á propósito, y nunca le faltan primas imaginarias y paisanas inventadas, á quienes echar la culpa de la tardanza.

No rompe, en general, tantas cosas; pero á veces lo hace por venganza, especialmente despues de haberla regañado el ama.

Sisa mas, pero con mayor ingenio y disimulo, pues en esto, como en todo, si no se ha perfeccionado, progresa.

Crece su afición al balconejo, lo mismo en el rigor del invierno que en lo mas ardiente de la canícula.

A la sonrisa imbecil y al aturdimiento de la novicia, sucede en algunas cierto aplomo, cierta gravedad que tiene de cómica tanto como de grave y diplomática: criada hay de estas últimas que, pretendiendo hacerse respetable y respetada, con arreglo á las exigencias de la posición que ocupa en la clase, es un huso por lo tiesa y espetada, y no moveria el cuello (ya no lo llama tan á menudo *pes-cuezo*) por todo el oro del mundo.

Lleva mas airoosamente el vestido, y cuando repican gordo se lo ahueca con un pedazo de estera ó materia equivalente.

Una vez enterada de los *trótes* de la casa, el ama puede tirarse á la bartola; parece que todo se lo encuentra hecho.

El dia en que le toca salir, que por lo regular es un domingo sí y otro no (salvo cuando hay fiesta entre semana, porque entonces se altera la cuenta), lleva mantilla de velo con casco de raso muy azulado; al cuello pañuelo de merino ó de Manila, bordado de chininos, pájaros y flores que se distinguen á media legua; vestido de lana; mitones de torzal ó de estambre, segun la estación; pendientes de avalorio ó de mostacilla; abanico de á peseta; en la mano, pañuelo de algodón, cuyo estampado consiste en una galería de retratos, ya de notabilidades tauromáquicas, ya de militares célebres contemporáneos, ya, en fin, de los actuales soberanos de Europa, á quienes *mete en un puño*, á pesar de sus egércitos formidables.

Si pasa de veinte años, principia á mirar con aversión á los párvulos, porque no quiere que la llamen niñera, ó crean (si coincide la obligación de llevarlos en brazos con cierto desarrollo exuberante de su naturaleza) que es ama de cria, lo cual la perjudicaria en el concepto de los mozos que pudieran poner los ojos en ella; pues la pobre pide novio con mucha necesidad.

Frecuenta menos que al principio la Virgen del Puerto y San Antonio de la Florida, y concurre á menudo á la plaza de Oriente, á Chamberí y á los bailes del Ariel, especie de picadero donde trota polkas, redowas y zorricos, alternando en el amable desorden con modistillas y ribeteadoras de zapatos.

Antes se dejaba acompañar por soldados; ahora prefiere los cabos, y sueña con barberillos, horteras y *silbantes* de todo pelo.

Va de peras á higos, pero va, á la comedia de la tarde, y á los toros de cuando en cuando.

Mira con aire de superioridad y lástima desdeñosa á las que acaban de sentar plaza,

á las que principian la carrera. Ella ha pasado ya el *quis vel qui*, la *punte de los asnos* de la domesticidad, y aumentado considerablemente el caudal de sus conocimientos y habilidades. Las sopas de ajo, los huevos estrellados y las patatas, trinidad rudimentaria del arte culinario, no le causan el atolondramiento y embarazo que en su estreno, el miedo que le causaba, por ejemplo, el chocolate; el cual despues de estarse la moza dale que le das al molinillo por espacio de dos horas, y con el fuelle sopla que te sopla, siempre quedaba espeso como liga de coger pájaros, ó tan suelto que algun amo la dijo en ocasiones:

—Venga V. aca, criatura; ¿esto es purga ó chocolate?

Ahora pica mas alto: sabe esparillar chuletas, asar pollos, hacer pepitorias y rellenos, escabechar perdices y *comerlas* (antes se las engullia, á manera de pavo). El cocido, aunque no contenga todos los ingredientes de la verdadera olla podrida, le sale, cuando quiere, que se lo pueden comer los ángeles; y su caldo resucitaria á un muerto. Ha aprendido, igualmente, á hacer varios platos de dulce, como crema, vizcochos borrachos, manjar y arroz con leche.

De costura y plancha, no se diga. Por ella (este *ella* suponemos que es una criada de las de sesenta reales) va á respondernos Doña Gumersinda, á quien tuvimos el gusto de oír hablar de la suya noches pasadas, contestando á las preguntas de las tertulianas.

—Hija mia (le dijo una de ellas), tiene V. suerte; la que encuentra una criada como la de V., puede hacerse la cuenta de que está en la gloria.

—Sí, querida; en lo tocante á ese punto, no me quejo: verdad es que me cuesta sesenta reales, pero los doy con gusto, aunque tenga que quitármelos de la boca.

—La mia es un mastuerzo (esclama Doña Serapia). ¡Lástima que coma pan de trigo! Muy fiel, no lo niego; pero ¿qué adelantamos con esto, si me tiene la casa hecha una leonera, y no se la puede fiar lo mas mínimo? Y luego, cuando habla hay que taparse los oídos. Vamos, confieso á V., que si no fuera porque ciertos oficios no son propios de una....

—No se cansen VV. (observó Doña Gumersinda); sale mas caro tener criadas de treinta reales, que de sesenta. Yo á las de treinta ya las he hecho la cruz; no las quiero, ni verlas. Aquello no era vivir; me traian todo el santo dia y toda la noche de Dios como un azacan; porque, hijas, no hay que darle vueltas: con las de treinta necesita una estar en todo, cargar con todo el peso de la casa. Todavía tengo relajadas las caderas de lo que remé cuando la Pepa. ¿Se acuerdan VV. de la Pepa, de aquel monigote de treinta reales...? Las de sesenta son otra cosa; no les faltan sus defectos, ni harán prodigios, pues no hay ninguna completa; pero ya sirven de algo.

—Conozco lo que V. dice (esclamó Doña Serapia, poniendo cara de viernes); pero ¿están los tiempos tan malos, que no es cosa de que una pueda desprenderse de un ochavo mas de lo regular!

—¡Si mi marido tuviese cesantía como el de V.! saltó otra interlocutora, dirigiéndose á Doña Gumersinda.

—¡Si el mio no se me hubiese muerto! dijo otra, haciendo que se enjugaba una lágrima, que no se acordaria de asomar á sus ojos.

—Diga V., Gumersinda (preguntó Doña Serapia): ¿entiende de aguja? ¿Maneja bien la plancha?

—Diré á V. (respondió la interpelada), lo que es primores, filigranas que dicen en mi pueblo, no señora... zurce regularcito... ¡oh! y lo que es para la vainica, se pinta sola; como que (añadió modestamente) casi, casi las hace mejor que yo: en cuanto á otras labores, hay sus mas y sus menos. Planchar.... lo gordo, bien; pero no me atrevo á entregarle una ca-

(1) Este artículo inédito, constituye la segunda parte del publicado en el número 4 del MUSEO LITERARIO.

misola de batista, ni unas enaguas bordadas.

—¡Pues dígoles á V. que es ganga!

—¿Si es ganga? No lo sabe V. bien. Pero, hija, no todo es tortas y pan pintado. Antes de entrar ella en casa he despedido á cuatro que no tenía el diablo por dónde desecharlas.

La primera manifestaba cierta inclinación á mi chico, al mayor, á Joaquinito, el cual... yo no creo que... pero, en fin, ya saben VV. lo que son los muchachos de su edad. En cuanto descubrí lo que había, dije: «Nada, cortemos por lo sano.» Y voy ¿y qué hago? Me puse á aquella pícara de patitas en la calle. Pues ¿saben VV. que tuvo el valor de decir en la vecindad que mi hijo la había perdido? ¡La trapalona!

—¡Ave María Purísima!

—¡Qué lenguas!

—¡Si Joaquinito es un santo!

—Pues ella le llamaba *mátalas callando*. Momentos antes de salir, mi esposo la registró el baúl, en el cual encontró una sartenilla, cuatro gícaras, unas despañaderas, media docena de cañas de algodón, un mazo de horquillas y otras frioleras que me había ido atrapando. La segunda, con el achaque de que descendía de buena gente, y de que desgracias de familia la habían traído á la situación lamentable en que se hallaba, no era mu- ger para mudar una silla de un lado á otro. Era mas cochina... que no sé qué diga! Me veía levantar las camas y mullirlas, y la señora (con mas cuartos que un mozo de cordel), no quería incomodarse en echar mano á los colchones para ayudarme. Siempre estaba suspirando, siempre gimiendo, siempre quejándose. Hoy, que la jaqueca; mañana, que las muelas; otro día, que el histérico. Yo le llevaba á menudo el chocolate á la cama, le servía el caldo, y hasta le puse algunas lavativas (*enemas*, que dice mi médico); y todo de lástima, porque sus indisposiciones y sus tristezas eran mentira. Señoras, yo merezco una albarda, lo confieso. Si alguna vez trataba de reprenderla (porque aquella pícara me tenía dominada), al momento saltaba con el estribillo de:

—Como la ven á una así!

—Si viviera mi mamá y me viese!

—La pobreza tiene cara de herege.

En fin, mi marido se encargó de echarla, y la echó, harto de sufrirla.

—Vaya una prebenda de muger!

tener las mugeres, porque los engendra todos.

—Y tan es así, que la manchega se atrevió á meter una noche en casa á su novio, á quien mi marido sacó por las orejas de bajo de la cama de la criada. Yo me llevé un susto, que no es para contado. La fortuna, que el novio estaba tan bebido como ella, que si no, aquella noche hay una desgracia.

De la cuarta no

diré mas, sino que

era un tolondro, un

torbellino. La vive-

za ratonil de Bibia-

na producía estragos

tales, que hubiera

acabado con la renta

del duque de Medinaceli.

Sopras y pucheros

sin asas, peroles

abollados, sillas

perniquebradas,

vasos sin fondo,

fondos sin vasos,

cortinas desgarradas

á puros tirones

para correrlas ó

descorrerlas, mante-

les llenos de vino

ó de grasa por falta

de cuidado al poner

la comida en la me-

sa... ¡y luego, un

cantar que te can-

tarás tan seguido,

tan chillón y tan

desafinado, que en-

tre unas y otras co-

sas, parecía que

cien legiones de

diablos andaban en

esta bendita casa.

Tenia, además, la

condenada, el vicio

de ponerse á escu-

char detrás de las

puertas lo que ha-

blábamos; le gusta-

ba mezclarse en

nuestras conversa-

ciones, meter la

cuchara en todo...

¿Y de embrollos?

No se diga, seño-

ras; armaba unos

lios, pero solo por

el afán de mentir,

que nadie era capaz

de desenredarlos.

En los tres meses

que duró en casa,

indispuso con pala-

bras indiscretas á

dos matrimonios

que hasta entonces

habían vivido en

paz y en gracia de

Dios, como unos

tortolitos, y fue ci-

tada varias veces á

juicio de concilia-

ción de resultados

de chismes inventados

por ella »

Resulta de lo espuesto, que las criadas (por mucho que nos duela y nos interese su suerte), vienen á ser, fuera de algunas honrosas excepciones, en las dos fases de su existencia como tales, y á pesar de las ventajas de la última sobre la primera, una de las mayores calamidades que pesan sobre gran parte de los ciudadanos.

La criada á la antigua, es decir, la criada que entrando en una casa llegaba á cobrar



ÍDOLO COCHINCHINO DE LA PAGODA DE CLOCHETONS EN SAIGONG.

—Nada, la mia; á algunas les está bien merecido lo que les pasa.

—La tercera fue una manchega, á quien le daba por empinar el codo en tales términos, que raro era el día en que no se ponía como una euba.

—¡Jesus! No hay cosa mas repugnante que una muger en ese estado.

—Tiene V. razon; la embriaguez, siempre mala de por sí, es el peor vicio que pueden

ley, se consideraba como parte integrante de la familia; y si tomaba estado, sus hijos solían servir á los de sus amos, ó por lo menos recibían de ellos una protección y una recompensa, que hoy concluyen generalmente en el último servicio prestado y en el último individuo que lo presta; después, si te he visto no me acuerdo.

Este fenómeno, que no nos detendremos á examinar si debe considerarse como un bien ó como un mal, es hijo, á no dudarlo, de la profunda trasformación que ha sufrido la sociedad desde fines del siglo último, y en virtud de la cual se han modificado las condiciones del amo respecto del criado, y viceversa, no menos que las del salario y las del trabajo.

Por lo demás, para encontrar hoy una criada á la antigua, lo primero que debe hacerse es salir de la corte, y tal vez en algún

rinconcito de provincia existan ejemplares, no en gran número, de esta verdadera curiosidad, cuyo estudio recomendamos á los sábios.

VENTURA RUIZ AGÜILERA.

Madrid. 1857.

TIRADORES del ejército dinamarqués.

Los acontecimientos políticos de Dinamarca nos obligan á dar hoy el tipo de los tiradores del ejército de esta nación, que forman parte de la infantería, constituyendo cinco batallones de cazadores de los veinticinco de que consta aquella arma y que han sido víctimas de su temeraria defensa.

JUAN COLIN.

Leyenda tradicional.

I.

Tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán veís años en forma de asno real y verdaderamente....
(CERVANTES.—Coloquio de los perros.)

Hallábame en mi pueblo de vacaciones cuando era estudiante, y desde mi salida de Granada no me había abandonado el pensamiento que se había apoderado de mí á la lectura del epígrafe copiado, de saber esa multitud de cuentos con que las viejas entretienen y asustan á los niños para que se duerman, cosa que sucede en todas partes y en todas las estaciones.

En Feijoo y en otros autores había también



EGÉRCITO DINAMARQUÉS.—TIRADORES.

leído algo referente á las brujas Camachas, y hasta por último el auto de fe en que la inquisición las había quemado.

Recordaba haber visto en mi pueblo á un pobre viejo, que al tomar el sol en los apacibles días en el paseo llamado de las Rosas, entretenía á sus compañeros con multitud de cuentos, que recitaba fácil y hasta elocuentemente.

El tío José se llamaba, y decidido fuíme á buscarlo.

Las cuatro de la tarde serían de uno de los días inmediatos á la Pascua de Resurrección, y era uno de los más templados y hermosos.

Encontré sentado en su favorito asiento al tío José, y á pesar de mi deseo no me atreví á acercarme, no solo por no llamar la atención de los demás ancianos que con él estaban; sino también por ese temor ridículo é incomprendible que nos acomete al intentar alguno de nuestros actos, que sin embargo de ser naturales, conocemos que no marchan acordes con el pensamiento general.

Di dos paseos solamente por delante del escaño de piedra donde se encontraba, y sin separar ni un momento mi vista de él, cuando vi que se levantó y se puso en marcha para retirarse.

Apoyado en su muleta y con lento paso caminaba, y esto me tranquilizó de que no podía perderse y me entretuve aun algún tiempo para encontrarme con él después en un lugar ó calle más escusada.

Así sucedió en efecto: pasados pocos instantes me hallaba á su lado.

—Buenas tardes, tío José, le dije.

—Muy buenas las tenga V., señorito.

—¿Cómo estamos?

—Bien, señorito; siempre haciendo por olvidar la miseria.

—Y por eso relatais tantos cuentos; ¿no es verdad?

—He tenido tanta afición á los libros, que hoy que ya casi no veo, disfruto con la memoria de lo que he leído.

—¿Y habeis leído todo cuanto contaís?

—Casi todo.

—Me parece sin embargo haberos oído algunas cosas que no están escritas.

—Si, señor, es verdad, y son tantas que se podían con ellas llenar muchos libros.

—Segun eso, ¿las inventa V.?

—¡Cá! de ningún modo: todas las he oído á mis abuelos, padres, tíos y compadre; y todas, todas las conservo en mi memoria.

—Pues una de esas historias es lo que yo deseo me conteis.

—Cuando el señorito quiera.

—Os gratificaré y al mismo tiempo os lo agradeceré.

—Verdad es que necesito de la caridad pública, pero me quedará muy satisfecho con haberos complacido.

—Muchas gracias, tío José.

—¿Quereis pasar á esta pobre choza?

—Necesitareis descansar, y os dejo; pero vendré cuando me lo digais.

—Mañana mismo.

—Y me contareis de las brujas Camachas, y del sacristán que fue por ellas convertido en asno.

—Todo os lo contaré, aunque advirtiéndooos que eso que acabais de decir no es cierto. La primera historia es muy larga, pero la segunda, ó sea la del sacristan asno, como vos decís, cuyo nombre era Juan Colin es la que os referiré primero.

—Principiaremos pues por el sacristan Juan Colin: Conque hasta mañana.

—Hasta mañana, señorito; que Dios os guarde.

Y en seguida volé hácia mi casa, loco de contento.

II.

Al día siguiente amaneció nublado y con un airecillo desagradable, y me regocijé en mi interior, pues parecía haberseme quitado de encima un peso enorme.

De este modo, me dije á mi mismo, el tío José no podía contrariar su costumbre de salir en los días templados, y no me consideraré de ninguna manera culpable, de molestarlo. El día le impide salir á dar un paseo ordinario, y hasta si es posible se pondrá contento de tenerme por auditorio.

Estaba impaciente deseando que sonase la una de la tarde para dirigirme á casa del viejo, hora en que de seguro habria comido y hasta dormitado un poco.

Así sucedió en efecto, y á la una y minutos me encontraba sentado en una silla taburete; tal era la pobreza del anciano; y después de saludarnos comenzó su narración que yo escuché con avidez.

Hasta las cinco de la tarde duraría el relato de la historia del sacristan Juan Colin, y me despedí del viejo, asegurándole volvería cuantos días malos y lluviosos hubiese, para que me contara cuanto supiese de las Camachas.

Por algunos días después continué yendo á su casa, y sus noticias nos están sirviendo para un libro que publicaremos.

Varias limosnas le hice al pobre viejo, tal vez aun mas de las que podía, pero con el mejor deseo, y hasta con el mas vivo sentimiento de no poder aumentarlas.

He aquí pues la leyenda que me refirió y que con sus mismas palabras os traslado á continuación.

(Se continuará.)

DICHA COMPRADA.

(Conclusion.)

V.

Un cielo azul, un sol radiante, y una brisa de Junio refrescada en la cima de la sierra, llegó á la mañana siguiente á consolar nuestro ánimo, y las flores entreabriendo sus hojas bañadas de rocío, las aves saludando á la aurora con sus mas cadenciosos trinos, la naturaleza, en fin, ostentando todos sus encantos, parecia querer cubrir con un bello manto los dolores de la vida.

Preocupada con la conversacion de la noche anterior y con la suerte de la pobre huérfana, dejé temprano el lecho y á primera hora salí de casa, dirigiéndome á la campiña sin mas compañía que mi sombrilla y un libro.

Embebida estaba en mi lectura cuando sentí pasos al lado mio; levanté la cabeza y vi á D. Rufo.

—¡Hola! se ha salido á disfrutar el fresco de la mañana? Espero que él habrá devuelto á V. la tranquilidad, dije sin poder disimular una sonrisa.

—Sí, señora,—repuso mi interlocutor un poco turbado y añadió:—cierto es que anoche me exalté algo, pero hay proposiciones...

—En efecto,—dije prestándome gustosa á rehabilitarle á mis propios ojos;—¡hacerse cargo de un niño!

—Eso es,—repuso vivamente; cargar con... y no es que yo tenga mal corazón, no señora...

—Así lo creo, y estoy segura de que si solo se hubiera tratado de un donativo, de un desembolso...

—¿Cómo?

—Sí, por ejemplo, le hubieran á V. propuesto pagarle la nodriza, única cosa que necesita por ahora...

—Tiene V. razón, eso hubiera sido lo de menos, pero luego que corra, que chille, que no me deje trasto sano...

—Cierto, los niños dan muchas incomodidades, pero en cambio, los beneficios que se les hacen se encarga de recompensarlos Dios.

—Después de estas palabras, me despedí, dejando pensativo á mi interlocutor, que así que se separó de mí corrió á casa de la nodriza provisional de la huérfana, la cual presentándole la recién nacida, exclamó:

—¡Yo ya he dicho que no puedo tenerla mas que hoy!

—¡Y qué vas á hacer con ella?—repuso alarmado D. Rufo.

—Toma, que dispongan, yo no tengo obligación...

D. Rufo sacó una moneda del bolsillo y dijo:

—Toma, y cuidala ocho días mas por mí.

Y como la niña le tendiese casualmente sus bracitos, D. Rufo huyó bruscamente como si quisiera esquivarse á una influencia fatal.

Ignoro lo que haria después, pero de seguro vagó por el pueblo ó por el campo sin dirección fija, hasta las once, hora en que se dirigió á casa del alcalde.

—¿Qué le trae á V. por aquí?—repuso éste con jovialidad.

—Pasaba casualmente, y... digo mal,—añadió variando de tono,—vengo á decirle á V. que quiero pagar la nodriza á la chica de la Isidora.

—¡Ah! por fin;—dijo D. Antonio sin poder disimular su alegría.

—No, no por fin; yo no haré mas que pagarle la nodriza y después que ella se las busque como pueda.

D. Antonio no pudo menos de sonreír al ver que queria que una niña de año y medio se buscara la vida, cuando llegó á distraer su atención su muger, que entraba seguida de Rosa.

—Mira,—exclamó la alcaldesa,—á ver cómo arreglas lo de la niña, porque Rosa está resuelta á cuidarla, y es una vergüenza que la niña salga del pueblo por falta de nodriza.

—Pues ya está todo arreglado,—dijo D. Antonio;—de la nodriza se encarga D. Rufo.

—¿De veras?

—De veras,—exclamó el interrogado con orgullo.

—¡Ay! qué gusto,—exclamó Rosa,—yo me llevaré á la nodriza á mi casa y yo cuidaré de mi niña.

—¡Eh! poco á poco, chiquita; quien va á pagar á la nodriza soy yo, y en mi casa es donde debe vivir.

—A V. no le gustan los niños.

—Es verdad, pero ese todavía no dá guerra y además eso de que parezca que depende de ti...

—¿Y qué importa? ¿No voy yo á ser luego su madre?

—Su verdadero padre será siempre yo, que la recojo ahora.

—Pues bien,—insistió D. Antonio,—hágase V. cargo por completo de la huérfana.

—No, lo que es eso...

—Hé ahí lo que yo decia,—añadió Rosa.

—Pues llévatela tú desde ahora mismo.

—¡Yo no puedo! dijo la muchacha con pesar.

—Pues ya ves como yo seré su padre.

—Pero si yo me obligo á cuidarla, á velar por ella...

—Pues bien, vente á cuidarla á mi casa.

Una carcajada de la muchacha, D. Antonio y su muger hicieron conocer á D. Rufo que habia dicho una tontería.

—Es verdad, dijo, ya veo.... pero no importa, yo llevaré quien la cuide.

Ante esta resolución, nada habia que oponer, y solo Rosa dijo con los ojos arrasados en lágrimas:

—Eso no es justo: yo he pretendido la niña cuando todos la desechaban.

—Pues bueno, vente á cuidarla á mi casa.

—¿Y cómo he de ir? V. es soltero y todo el pueblo murmuraría.

—Todos saben que á mí no me gustan las mugeres.

—¡Vaya una cortesía!

—Nada, no la cuides, la cuidaré yo.

—¡Nunca! Aunque tenga que buscar dinero por todo el mundo...

—¡No te la cederé, aunque tenga para ello que casarme!

—¡Casarse V.! exclamó la muchacha, riendo de nuevo.

—¿Tan difícil te parece?

—¡Casarse V.!

—Pues me casaré con quien cuide á mi niña.

—Falso, nadie la cuidará mas que yo.

—¡Bravo! exclamó D. Antonio; cásense VV. los dos.

Ambos miraron asustados á D. Antonio, y exclamó Rosa, lanzando una carcajada:

—¡Qué barbaridad!

Mientras, D. Rufo, por toda contestación, volvió la espalda, lanzándose fuera del cuarto y de la casa, como si alguien le persiguiera.

VI.

Dos meses habian transcurrido desde el día que tuvo lugar la escena que antecede, cuando amaneció uno en que yo debía volver á la corte dejando aquellos sitios para mí de paz y de ventura.

¡No hay partida que no sea dolorosa; no hay despedida que deje de arrancar una lágrima! Al abandonar los sitios en que nuestro llanto ha corrido con abundancia, experimentamos una tristeza vaga: ¡quizá con aquellas lágrimas sepultamos allí nuestra alegría ó nuestra juventud, y nos alejamos con amargura del sepulcro que guarda estas preciosas cenizas! Al despedirnos de otros, donde disfrutamos horas tranquilas, nuestra alma se estremece, como si la llevara en busca del dolor... ¡No hay despedida que deje de arrancar una lágrima!

Amaneció, pues, el día en que yo debía darme la vuelta, al dejar aquella risueña aldea, donde el mas leve pesar no habia alterado mi alegría, y desde muy temprano aquellas gentes sencillas acudieron á darme pruebas de su ingenuo cariño permaneciendo á mi lado hasta mi partida, las que estaban unidas á mí por mayor amistad: En este número se contaba la familia de D. Antonio, y alguna otra.

Estos se constituyeron á mi lado, y á él permanecían, cuando llegó el vehículo que habia de trasportarme á la ciudad cercana, de donde salía diligencia para Madrid. El vehículo consistia en un carrito cubierto, semejante á los que usan en el reino de Valencia.

Despidiéndome estaba yo de mis buenos amigos, cuando entró la agreste Doña Gila, con su paciente marido, que llegaban muy agitados á fin de detenerme unos minutos.

—¡Espérese V., espérese V.!—exclamó Doña Gila;—Rosa viene en seguida.

—Sí; en seguida,—murmuró su marido.

—Solo que los chicos dan mas guerra... ¡Dígoles á V. que hay gustos que merecen palos!

Todos nos dirigimos significativas miradas, que eran otras tantas acusaciones al mal carácter de Doña Gila, cuando llegó Rosa tijando todas las miradas.

Llegaba Rosa hermosa y risueña como la verdadera Rosa de Mayo y mas compuesta que de costumbre porque todas las prendas que la adornaban, aunque modestas, parecían formar parte de un equipo muy nuevo. Rosa ostentaba con orgullo á su lado una muger que daba el pecho á una niña envuelta en lujosas manti-

llas, y ambas mugeres iban acompañadas de un hombre conocido en el pueblo por sus muchos doblones y sus muchas escurridades. La muger que acompañaba á Rosa era una nodriza, la niña que tenia en sus brazos la huérfana María, el hombre que las acompañaba era Don Rufo, marido de Rosa hacia un mes.

—¡Gracias á Dios! Esclamé abriendo mis brazos á Rosa.

—He estado aviando á esta chiquilla, dijo volviendo con ternura los ojos á la niña.

—¿Y cómo le va á V. con la niña, dijo á D. Rufo la alcaldesa.

—¡Con las dos niñas! añadió maliciosamente D. Antonio.

Rosa bajó los ojos ruborizada, y D. Rufo repuso con verdadera emocion estrechando la mano que D. Antonio le tendia.

—Hace un mes que no conozco el hastío.

—Es que mi niña, como yo dije; lleva consigo la felicidad, exclamó Rosa.

—No lo creas, dijo la muger de D. Antonio, es que su madre vela por vosotros desde el cielo.

—Tampoco, dijo entonces D. Rufo; es que he sabido *comprar mi dicha*.

—Cierto, repuso D. Antonio con profunda conviccion, quien busca encuentra.

—¡Hay personas que no encuentran nunca! dijo Doña Gila con voz chillona á la que hizo eco un suspiro de su marido.

—Es que esas personas no habrán sabido buscar.

—Cierto, añadió D. Rufo; nadie como yo puedo afirmar la verdad que encierran aquellas divinas palabras. *Buscad y hallareis; pedid y se os dará; llamad y se os abrirá*.

Tras estas consoladoras frases, partí estrechando la mano de mis amigos y hoy tan solo guardo de aquella pintoresca aldea el recuerdo de este sencillo episodio que mantiene vivo en mi memoria un ejemplo palpable de que la única moneda que sirve para *comprar la dicha* son las buenas obras.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA

POESIA.

Paráfrasis.

¡Ay! de tus hijos, Señor, te apiada
En esta misera cautividad,
Estrafios pisan nuestra morada,
Y es de estrangeros nuestra heredad.

La sed ardiente que me fatiga
A precio de oro, Señor, templé;
Y el fuego escaso que nos abriga
Tambien con oro comprado fue.

De las cervices fuimos llevados
Con duros hierros, por mas baldon:
Los tiernos niños y los cansados
No hallaron tregua ni compasion.

Porque pecaron nuestros mayores
Que ya en la tumba durmiendo están,
De mil tormentos desgarradores
Llevan tus hijos el duro afan.

Vencidos fueron los varoniles
Altos guerreros de tu Sion,
Y desde entonces, los siervos viles,
De sus señores, señores son.

¿Qué no sufrimos? A sus placeres
Nada hay vedado, ni á su impudor,
Y profanadas nuestras mugeres
El luto llevan de nuestro honor.

Los altos príncipes colgados fueron;
No respetaron la ancianidad,
Y los mancebos tambien murieron
Al leño atados con impiedad.

Por eso miras que están desiertas
Las dulces danzas del tañedor:
Por eso falta de nuestras puertas
El pobre anciano su guardador.

Murió por siempre nuestra esperanza
A par que aumenta nuestra afliccion:
Llanto ¡ay! estéril, es nuestra danza;
Faltó ya el gozo del corazon.

A. GARGIA GUTIERREZ.

A MI APRECIABLE AMIGO

Y DISTINGUIDO POETA

EL SR. D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ (1).

MIS PENAS.

Huye la vida al compás
Del reloj que va marcando
Las horas que van pasando
Para no volver jamás:

Tristes horas que en mi frente,
De pesares abrumada,
Al pasar dejan grabada
Su huella visiblemente.

Y de mi pena el rigor
Las hace crueles y amargas,
Y tan penosas y largas
Como son las del dolor.

El dolor es la cadena
Que une la vida y la muerte;
Es azote que la suerte
A ningún mortal cercena.

¡Pobre vida! Ilusion vana
Mentira sois y vacío,
Mas fugaces que en estío
Las auras de la mañana.

Y sin embargo, ese día,
Que pasamos en la tierra,
¡Cuántos tormentos encierra,
Cuánta afliccion y agonía!...

Bien lo sé, pues en mi duelo
Triste descubren los ojos
En la tierra solo abrojos,
Negras nubes en el cielo.

En mi eterna desventura
Las penas cuento por horas:
¡Ay corazon cuál devoras
Su inagotable amargura!

Pero las fuerzas en tanto,
Ya decaidas, me abandonan
Y se aumentan y eslabonan
Mis pesares y quebranto.

Y pues siniestra la suerte
Me ha condenado á sufrir
Odioso me es ya vivir,
Y apetecible la muerte.

Mas al dejar el desierto
Quiera el cielo darme calma;
Quiera acrisolar el alma
Con las lágrimas que vierto....

Mi buen amigo, aceptad,
Con vuestro inmenso talento
De mi musa el toseco acento
Como prueba de amistad.

Es cual la ofrenda del pobre
Que al magnate en su opulencia
Rinde con benevolencia
Unas monedas de cobre.

El Océano en su ancho seno
Recibe humilde tributo
Del río, que casi enjuto
Lleva corrientes de cieno.

VICENTE ARENAS.

Madrid 23 de Abril de 1864.

(1) Esta composicion fue entregada por su autor al Sr. D. Maximino Carrillo de Albornoz el día en que leyó ante los principales literatos de la corte su segunda parte del Diálogo Mundo

EL CIEGO DE LOS VALLES.

NOVELA ORIGINAL

FOR

D. MAXIMINO CARRILLO DE ALBORNOZ.

(Continuacion.)

X.

La tentacion.

El ciego, que sin duda tenia temor de continuar, volvió á quedar silencioso; pero al fin haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, trató de coordinar sus ideas, y continuó de esta suerte:

—Si me lo permitís, voy á conducirlos á la parte allá de los Pirineos. Estamos en un pequeño pueblo del reino vecino, cuyo pueblo se halla situado junto á la carretera que conduce á España. Un año ha transcurrido desde la noche aquella en que el tío Geromo inició al hijo de Marta en los misterios de la nueva vida que ambos debian emprender juntos. Y en ese año Roman ha cambiado de carácter y de condicion, ha procurado lanzar de sí á todo trance los últimos restos de su honradéz; ha querido acallar los ecos de su conciencia y la voz de sus remordimientos, y en parte lo ha conseguido, encalleciendo su corazon y borrando de su mente las afecciones mas caras y mas legítimas.

Todo lo ha olvidado: padres, patria y amigos; solo se acuerda de Celsa cuya imagen permanece grabada en su alma con caracteres indelebles.

El tío Geromo ha logrado comunicarle una parte de sus feroces instintos borrando en él todo sentimiento delicado y noble, toda noción de bondad y de justicia.

Los dos se hallan sentados junto á una mesa, dentro de una especie de taberna con honores de fonda, y en un departamento donde se agrupan muchas personas que fuman, beben, charlan y rien. Al través de los vidrios de una ventana se ven caer grandes copos de nieve. Es una tarde lóbrega y triste.

El tío Geromo se entretiene en desocupar un segundo frasco de ginebra que acababa de pedir. Roman le mira silencioso.

—Escúchame, muchacho, dice el viejo acen- tuando sus palabras; déjate de repulgos y vamos al grano. Dentro de poco rato va á ponerse en camino ese caballero, sin embargo del endiablado tiempo que hace. Ha pedido un guia que sea español y práctico en el terreno que tiene que andar. Ya sabes que quiere ir á Pamplona. Conque ¿quieres que vaya y le ofrezca nuestros servicios?

—Ya he dicho á V. que me importa muy poco el acompañarle, pero....

—Déjate de peros y vamos al grano. Hace un año que estamos yendo y viniendo á este país. Ninguno de nuestros viajes ha dejado de producirnos una buena ganancia. Tenemos ahorrados algunos miles y este dinero lo acabamos de emplear en nuestra última pacotilla. Si ahora la dejamos aquí para acompañar á ese señor, nos esponemos á perderla. Bajo este concepto es menester que te decidas ¿entiendes? ó errar ó quitar el banco.

—¿No dice V. que ese hombre ofrece una buena gratificacion al que haya de acompañarle?

—Ya lo creo, como que es un Creso, según yo mismo he podido averiguar. Suponte que viene de las Indias cargado de oro, de letras y de pergaminos. Un criado que le acompañaba, y que hace tres ó cuatro horas marchó á Madrid en busca de un hijo que tiene el susodicho caballero, le daba á este el tratamiento de excelencia y le mimaba y le obedecía con un respeto que no hay mas que decir. Yo me puse á escuchar lo que hablaban y á ver lo que hacian, y te confieso que el corazon me dió un vuelco al conocer que se nos propor-

cionaba un negocio de mas de cinco millones. Abre los ojos, muchacho, que yo no puedo abrir mas que uno.

La fisonomía del tuerto revelaba un sello tal de júbilo y de codicia, que Roman no pudo menos de sentir cierto escalofrío al contemplar á su miserable consejero. Luego murmuró con sordo acento:

—Cinco millones ¡oh! ¡es mucho! ¡es demasiada tentacion!

—Tanta, volvió á decir el viejo, que si no fueras un cuadrúpedo me hubieras dicho ya: ¡ea! vamos al negocio y fuera penas y trabajos. Con cinco millones..... no sé; y un título de marqués en el bolsillo..... ¿Te imaginas que Celsa te diría que *nones*, ni aun siquiera por una sola vez?

—¡Celsa! ¡Celsa! barbotó Roman apretando los puños y con los ojos chispeantes de amor y de odio; ¡Celsa! ¿Por qué me hablas de ella? ¿Piensas que á pesar de mi calma no existe en mí su memoria lo mismo que el primer día, en que solo y desesperado, abandoné mi pueblo creyendo que habia dado muerte á mi rival? Porque yo creí que habia caído á mis piés para no volver á levantarse.

—¿Todavía estás en la idea de que Santiago no ha muerto?

—No ha muerto, no; la última vez que estuve en Bayona le ví á lo lejos, pero mis ojos no se engañaron. Santiago vive y acaso sea ya el esposo de Celsa.

—¿Y piensas que con cinco millones no se puede mandar al otro mundo á un marido impertinente?

—¡Siempre crímenes! ¡siempre asesinatos! volvió á decir el hijo de Marta pasando una mano por su frente que estaba ardiendo á pesar del intenso frío que hacia.

El tio Geromo fijó su mirada en un reloj de pared que habia frente de ellos y dijo con impaciencia:

—Son las cuatro y media; dentro de media hora he quedado en llevar la contestacion. Decide lo que hemos de hacer.

—¿Y no será mejor acompañarle, grangearnos su voluntad y pedirle un indulto para los dos y una colocacion para mí?

—Claro, trabajarás como un bruto, y yo que no sirvo para nada, me moriré de hambre ó iré á pedirte que me des un pedazo de pan de limosna. Porque nuestros ahorros son pocos y el dinero se vá como el humo. Si en cambio de eso tuviéramos cinco millones con un título de marqués....

La tentacion era fuerte y cada vez que

Roman escuchaba las palabras del viejo, sentia penetrar en su corazon, á manera de un dardo emponzoñado, el ánsia de acabar de una vez con todas sus vacilaciones.

El tio Geromo conocia el efecto que causaba en el ánimo del jóven y continuaba escitando su codicia:

—Tendríamos un palacio, le dijo; y Celsa, que es ambiciosa, que de seguro no se habrá casado por esa misma razon, te amaria como tu á ella, y se casaria contigo y todos viviríamos felices...

Roman le interrumpió preguntándole:

—¿Y dice V. que ese hombre marchará mañana?...

—Al amanecer.

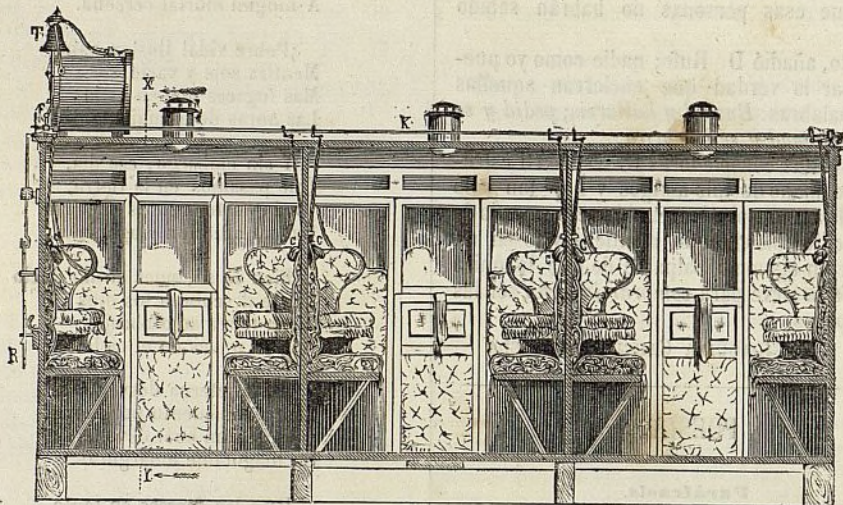
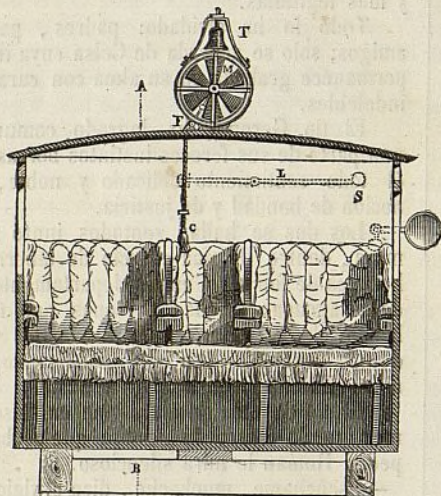
—¿Irás solo?

—Solo con nosotros.

Roman permaneció un instante mas meditando y sombrío que nunca. Luego alzó la cabeza y mostró el rostro que estaba pálido como la cera. Sin embargo de eso, el infeliz tenia fiebre.

—¡Dios mio! murmuró por última vez con voz cavernosa.

En aquel momento dieron las cinco en el reloj que como hemos indicado estaba pendiente en la pared. (Se continuará.)



APARATO AVISADOR EN LOS TRENES DE LOS FERRO-CARRILES.

APARATO AVISADOR

para los trenes en los ferro-carriles.

Hoy que están en estudio nuevas líneas de ferro-carriles y como es natural se debe perfeccionar el servicio de los trenes en beneficio de los viajeros, introduciendo todas las mejoras que los estrangeros nos dan á conocer, creemos oportuno reseñar uno de los últimos adelantos.

Diversas desgracias ocurridas en los trenes puestos en marcha, que habrian podido ser fácilmente remediadas ó prevenidas, si con oportunidad se hubieran puesto en noticia del conductor, hacian echar de menos un aparato que de compartimento en compartimento estableciera, en caso de necesidad, una especie de contacto entre el viajero y aquel funcionario.

Las dificultades que para la realizacion de ese objeto se presentaban, bien conocidas de todos los que tienen una idea de la organizacion de un tren, acaban de ser vencidas por el aparato inventado por M. Bazin, autor de otros varios ingeniosos descubrimientos de sus incansables é ilustradas investigaciones.

El avisador, cuya descripcion acompañamos con grabados, ha dado muy buenos

resultados en los ensayos que de él se han hecho delante de personas competentes, y ha merecido con justicia llamar la atencion de la prensa estranjera, buena apreciadora de las ventajas del nuevo descubrimiento.

Fúndase la base del sistema de M. Bazin en la evidente proposicion de que el aire desalojado por un tren marchando con normal velocidad, produce una fuerza capaz de poderse apreciar. Veamos el mecanismo del aparato.

Un pequeño molinete *M*, coronado por una campana *T*, es colocado en el tope ó parte superior del techo del wagon. Este molinete viene á estrivar en la parte inferior de una palanca, cuya estremidad alta lleva el badajo de la campana. Puesto en marcha el tren se mantiene inmóvil el molinete por medio de una horquilla *F*, que á su vez está fija en el tringle *K*, que puede ser movido por cada cordon *C*, colocado en el interior de los compartimentos. Al punto que un viajero tira del cordon, el tringle *K*, haciendo mover la orquilla, deja en libertad el molinete, que por consiguiente empieza á girar con movimiento activado por la velocidad del aire y hace sonar la campana, que da aviso al conductor. En el mismo instante un disco *D*, sujeto al gancho *S*, es impelido á la parte exterior por la palanca *L*, y

designa el carruaje sobre el que hay que fijar la atencion. Este disco aparece iluminado durante la noche.

Tan perfecta es la combinacion del aparato que la borla del cordon queda baja, hasta que el conductor, por medio de la empuñadura *R*, vuelve á fijar el disco á su gancho. De manera, que si un viajero moviese por chanza el mecanismo, quedaria indispensablemente denunciado por la posicion del cordon.

El aparato es sumamente sencillo, y además muy poco dispendioso, pues no ocasiona mas gastos que los de su instalacion. Escusado es decir que sus ventajas son inapreciables, especialmente para las personas que viajando solas en un compartimento, pueden, como alguna vez se ha visto, ser atacadas por un malhechor, y sobre todo en los casos de incendio que tan fácilmente pueden ser producidos por un descuido.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.